

Esta sección examina las tentaciones que pueden llevar a un creyente a perder su fe.

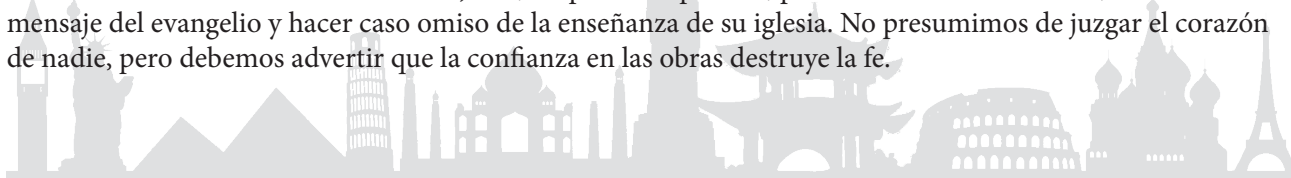
Los cristianos pueden perder la fe

Solo Dios puede dar la fe. Solo Dios puede preservar la fe, y lo hace por medio del evangelio y los sacramentos. Pero, podemos perder la fe. La Biblia identifica varias razones por las que se puede perder la fe. *Las personas pierden la fe cuando la basan en cómo se sienten respecto de Dios.* Son como los de la parábola del sembrador que contó Jesús (Lc. 8:13). Algunas semillas cayeron sobre terreno pedregoso, en una capa poco profunda de tierra, cubierta de piedras. La semilla brotó rápidamente, pero no tenía raíces profundas que resistieran la sequía. Cuando llegó la sequía, la planta pereció. De manera similar, los que no tienen las raíces de la fe profundamente implantadas en la Palabra de Dios, se apartarán de ella en los momentos de tribulación y persecución. Sienten que Dios les ha fallado y renuncian a la fe. Los cristianos necesitan enraizar profundamente su fe en las promesas de la Palabra de Dios, de esa manera serán como el hombre que describe el salmista: “como árbol plantado a la orilla de un río que, cuando llega su tiempo, da fruto y sus hojas jamás se marchitan” (Sal. 1:3 NVI).

Las personas pueden perder la fe cuando se exponen a las tentaciones. El camino al infierno está pavimentado de personas con las mejores intenciones. “Puedo manejarlo” son palabras que con mucha frecuencia preceden a la terrible caída en pecado. Considere a Pedro; afirmó que, de los discípulos, él ciertamente no abandonaría a Cristo (Mt. 26:33), pero lo negó tres veces (Mt. 26:69-75). Pablo les advirtió a los corintios que no se expusieran a la tentación, asistiendo a fiestas idólatras y a rituales inmorales que acompañaban la adoración de los paganos (1 Co 10:21). Las personas pierden la fe cuando tienen más confianza en sí mismas que en Dios, cuando piensan que son fuertes y no reconocen su debilidad.

Las personas pierden la fe cuando confían en que sus obras las salvan. Los cristianos de las iglesias de Galacia de Galacia fueron molestados por los llamados judaizantes, que no rechazaban totalmente a Jesús, pero creían que se debía creer en Jesús y observar la ley de Moisés, y el rito de la circuncisión para ser salvo. Pablo les escribió a esas personas: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gl. 5:4) (Gl. 5:4). La confianza en las propias buenas obras destruye la fe salvadora.

En relación con esto, mencionemos dos puntos. Primero, en el viejo Adán de cada cristiano hay confianza en las buenas obras (*opinio legis*: la opinión de la ley). Pero, por fe, crucificamos al viejo Adán con sus lujurias y deseos y, según el nuevo hombre, confiamos solo en Jesús para la salvación. Segundo, habrá cristianos en las iglesias que enseñen falsa doctrina, al tiempo que este presente el evangelio. Las iglesias que enseñan una salvación que incluya obras, enseñan una doctrina que destruye la fe. Pero, mientras sigan presentes las buenas nuevas de la obra redentora de Jesús, las personas pueden, por una feliz inconsistencia, creer el sencillo mensaje del evangelio y hacer caso omiso de la enseñanza de su iglesia. No presumimos de juzgar el corazón de nadie, pero debemos advertir que la confianza en las obras destruye la fe.



También la falta de autodisciplina puede destruir la fe. La fe es como un jardín, si permitimos que los espinos lo invadan, ahogarán las plantas. Si permitimos que el pecado crezca sin freno en nuestra vida, destruirá la fe. El mundo dice: “Si te parece bueno, hazlo, disfrútalo. No lo pienses dos veces, solo se vive una vez, así que goza todo lo que puedas”. En respuesta a esas actitudes, Jesús dice: “Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego” (Mt. 18: 8,9). Con esas palabras, Jesús no está defendiendo la auto mutilación sino la negación de uno mismo. Pablo escribe: “La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz” (Ro. 13:12; vea también 1 Co. 9:27). Jesús dice también: “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mt. 16:26).

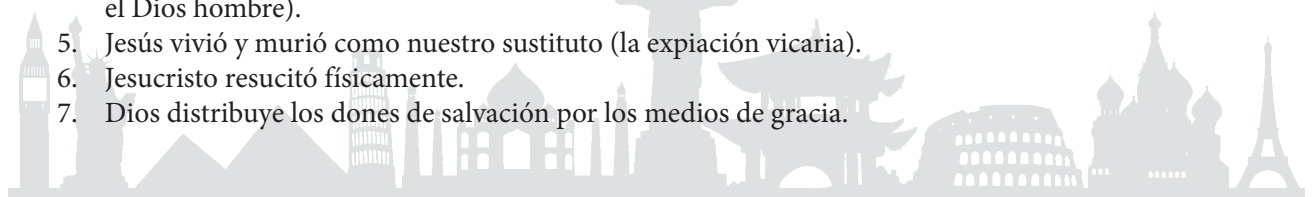
El amor al dinero y a lo que se compra con él puede destruir la fe. Pablo escribe: “Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero solo si uno está satisfecho con lo que tiene. Porque nada trajimos a este mundo y nada podemos llevarnos. Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso. Los que quieren enriquecerse caen la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores” (1 Ti 6:6-10 NVI).

Pablo no dice que el dinero sea la raíz de todos los males; el dinero es un don que Dios nos da, y podemos usarlo ciertamente para glorificar a Dios y servir al prójimo. Con el séptimo mandamiento, Dios protege la propiedad que nos da. La Escritura no defiende un orden social o religioso, en el que las personas hagan voto de pobreza. Abraham, Isaac, Jacob, David, y Salomón, fueron creyentes ricamente bendecidos por Dios con bienes materiales. Lo que convierte al dinero en un ídolo es que *el amor al dinero* reemplace el amor a Dios. Eso hace que la gente se aparte de la fe. Como dice Jesús: “Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24).

El temor a la persecución también puede hacer que la gente pierda la fe. Jesús advierte que afrontaremos persecución por su causa. Esa es la cruz que llevan los cristianos en este mundo. En la iglesia primitiva, los creyentes por ser cristianos perdían: sus propiedades, su reputación, y su vida. Pero Jesús no dice que los cristianos deben seguir una política de renuncia a la fe si con ello salvan la vida; al contrario, dice: “No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma, teman más bien a [Dios] quien puede destruir alma y cuerpo en el infierno. A cualquier que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. Pero a cualquiera que me desconozca delante de los demás, yo también lo desconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. Y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que la pierda por mi causa, la encontrará.” (Mt 10:28,32,33,38,39).

Finalmente, las personas pueden perder la fe cuando rechazan una doctrina bíblica fundamental. Hay varias doctrinas bíblicas tan básicas que no puede haber salvación sin ellas. Estas son doctrinas fundamentales:

1. Hay un solo Dios, el Dios Trino.
2. Todas las personas son pecadoras, necesitan el Salvador.
3. Dios perdonó los pecados del mundo, por causa de Jesús.
4. Jesús es Dios y hombre en una persona (él es teantrópico— el Dios hombre).
5. Jesús vivió y murió como nuestro sustituto (la expiación vicaria).
6. Jesucristo resucitó físicamente.
7. Dios distribuye los dones de salvación por los medios de gracia.



Cuando las personas niegan los fundamentos de la fe cristiana, no tienen fe. Pablo dijo que Himeneo y Alejandro naufragaron en la fe (1 Ti. 1:19,20). El error de ellos fue negar la resurrección física de los muertos, negando así la resurrección física de Jesús (2 Ti. 2:17,18).

